

Una rumba en movimiento

A propósito de la marcha por la diversidad sexual y de género

Guillermo Correa Montoya



© Juan Pablo Echeverri. *Famoustros*, 2012

Si una tarde de domingo de finales de junio se animan a pasar por el centro de la ciudad y se encuentran frente a frente con una rumba en movimiento, con travestis equilibristas encaramadas en camiones en marcha, con el entusiasmo de gritos multicolores, bailes por

todo lado, miradas de seducción y conquista y toda la serie posible de malabares y plasticidades corporales, seguramente están observando la marcha de la diversidad sexual y de género que recorre las calles céntricas de la ciudad, una marcha rumbeada que año tras

año restituye, denuncia y exalta el valor de quienes han sido históricamente representados y tratados como minorías, raros o diferentes, por una moral sexual y de género dominante y heteronormativa.

Si se acerca o se inserta en la marcha, usted podrá maravillarse con un escenario de tetas esféricas al descubierto saludando a la ciudad, con cuerpos que le arrebatan los límites al pudor, con locas que desbordan de alegría y redescubren el valor de su locura y de sus plumas, con sonrisas y besos de todos los colores lanzados al aire, con un poco de glamour criollo en pasarela urbana, con lesbianas que nos gritan el placer de un beso callejero, con reinas del drama que reinventan historias fantásticas en sus cuerpos y nos ofrendan sus curvas en una armonía singular; en fin, con plurales sujetos que diseñan su plasticidad y deconstruyen la monotonía de los binarismos haciéndonos partícipes de la diversidad posible. Todos y todas, aunque falten algunos (porque una parte de la ciudad cerrada e intolerante sigue año tras año exterminando a múltiples sujetos sexo/género diversos), en un escenario móvil, rítmico, y ocasionalmente estridente que, desde 1998, a finales de junio o principios de julio, se toman el centro de la ciudad y revierten el tedio dominguero en un festival con ánimo reivindicativo, reafirmando un orgullo en la posibilidad de la diversidad.

De forma irónica y un poco en contravía de modelos clásicos de movilización y protesta, la marcha del orgullo gay, y su simultánea marcha de la diversidad sexual, han ido configurando en la ciudad un estilo sui generis de reivindicación, un estilo que ocasionalmente ofende a los más ortodoxos, porque le han arrebatado a la política su máscara rígida de seriedad y la han convertido en un carnaval festivo que trasgrede en su puesta en escena, transfigurando su sentido en un acto de protesta amalgamado con la rumba, instalando nociones singulares de confrontación,

resistencia e insistencia. Las plumas, el brillo, las tetas, la rumba, los músculos y el culo se vuelven política y pregunta en esta marcha.

A diferencia de otras acciones reivindicativas, el orgullo y la diversidad sexual y de género no recorren las calles de la ciudad en un sentido conmemorativo, no están anclados en el recuerdo de una muerte dolorosa que sigue ensañada en los cuerpos pensados como diferentes (consecuencia de actos irracionales de transfobia, homofobia, lesbofobia de una cultura cerrada y homogénea, tan presentes en la historia y en tiempos actuales). Estas movilizaciones celebran la vida y la permanencia, colorean su presencia en la ciudad y entre gritos, rumba y canciones insisten en la profundidad de la diversidad humana, recreando posibilidades Otras de existencia, y perspectivas de libertad. Celebran un orgullo de ser y el poder de lo diverso que, a modo de rito fundacional, heredó de la mítica confrontación de Stonewall Inn, en un 28 de junio de 1969 en el barrio neoyorquino de Greenwich Village, el grito de protesta, el valor de la resistencia y la conquista de un lugar arrebatado con fuerza e intrepidez a la policía.

Ese grito y esa fuerza de resistencia heredados se han cruzado hoy con matices de aire local y entusiasmos criollos, en una movilización que vibra al ritmo de las comparsas callejeras. La rumba marchante, en medio de lo políticamente incorrecto (para los manifestantes puristas), es una rumba transgresora que, entre gritos mezclados de humo y algo de brillo, reafirma una obligación de transformación cultural trastrocando el peligroso machismo, que para algunos se antoja como hegemónico, interrogando los binarismos fosilizados de ser hombres o mujeres en cierta dirección, abriendo espacios de placer que trascienden lógicas heterosexuales, monogámicas, culpabilizadas e inmóviles que se filtran por las grietas de una cultura, paradójicamente, conservadora y de doble moral, un campo de

otras formas de ser, de estar, de sentirse, de tocarse, de amarse, de confrontarse, de antojarse y de vivirse.

De la primera marcha de orgullo gay emprendida en 1982 por el desafiante León Zuleta, Manuel Velandia y otros treinta acompañantes más, que con ironía fueron custodiados por cien policías en la ciudad de Bogotá, mucha calle se ha recorrido y la marcha de la diversidad es hoy un evento multitudinario, colorido, plural, estruendoso y sincero. Nos ofrece sin timideces ese grito heredado, esa imagen que incomoda a los beatos, nos ubica frente a cuerpos deseados o irritantes, nos empuja al contagio de la festividad y a los deseos de ser partícipes de una rumba urbana, al tiempo que el escándalo sigue interrogando a nuevos transeúntes. Niños, ancianos, vendedores informales, policías, padres de familia, locas, *drags*, lesbianas, transexuales, gays, bisexuales, heteros, travestis, curiosos, desparchados, transformistas, musculosos, intersexuales, flacos, inconformes, ambiguos, insatisfechos, intransigentes, arrebatados, decorados, otras y otros más, ofrecen hoy un espacio alterno de ciudad que movilizan las ganas de seguir profundizando la riqueza de la libertades humanas plegadas en el cuerpo.

La apuesta de los disidentes León Zuleta, Ebel Botero, del Greco (Grupo de Estudio sobre la Cuestión Homosexual), Lesbil y otros/as anónimos transgresores y fundadores que rompieron el silencio y abofetearon la rígida moral dominante en los años setenta para fundar un movimiento de liberación homosexual, unos cuarenta y cinco años después se materializa en movilización multitudinaria, en voces colectivas que exigen ciudadanía plena y demandan igualdad de derechos, en jóvenes entusiastas que recrean nuevas formas de amar, desear, de hacerse y reinventarse como sujetos plurales. Una apuesta inacabada que continúa vigente y necesitada de ser profundizada.

Sin duda, el enérgico y resistente grito demandante de derechos y la exigencia de reconocimiento sin constreñimientos de una multitud de hombres, mujeres y transgéneros que han trabajado sin tregua desde los años setenta hasta la actualidad han posibilitado que la ciudad tenga hoy una política pública que reconoce la diversidad sexual y de género, que se hayan abierto espacios como el Centro para la Diversidad Sexual y de Género y que el debate esté inscrito en las distintas esferas de la vida social y urbana; sin embargo, las muertes continuas de transgéneros, gays y lesbianas año a año, la serie de discriminaciones y desigualdades, entre otra suerte de profundas injusticias y desconocimiento de la población sexo/género diversa, obliga a continuar exigiendo y promoviendo cambios culturales estructurales y a aumentar la voz de denuncia y resistencia para hacer los cambios posibles, para abolir sin reservas las formas de dominio y constreñimiento sexual/corporal y de género y para deconstruir, desbordándolo, jerarquías en el orden sexo/género para hacer posible, legítima y necesaria la diversidad en todo nivel. Porque precipitar cambios culturales continúa siendo una apuesta colectiva que nos compete a todos como género humano, la marcha de la diversidad sexual seguirá siendo un espacio para que todos/todas, sin restricciones, reapropiemos el cuerpo y sus libertades.

Guillermo Correa Montoya es Trabajador Social con maestría en Hábitat de la Universidad Nacional de Colombia y candidato a Doctor en Historia de la misma Universidad. Actualmente se desempeña como docente del Departamento de Trabajo Social de la Universidad de Antioquia. Autor de diversos artículos y coautor de varios libros sobre sindicalismo y movimientos por la defensa de los derechos de los trabajadores, publicó en 2007 el libro *Del rincón y la culpa al cuarto oscuro de las pasiones. Formas de habitar la ciudad desde las sexualidades por fuera del orden regular*. Escribió este texto para la *Agenda Cultural Alma Máter*.